

Fundación de Colonia

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay resolvió en sesión celebrada el 11 de enero de 1955 adherir a la celebración del 275º aniversario de la fundación de la ciudad de Colonia por Manuel Lobo. A tal fin acordó: a) Hacerse representar en la ceremonia a realizarse en la antigua Plaza de Armas por su Miembro de Número don Simón S. Lucuix; b) Efectuar una solemne sesión pública en el local de la Junta Departamental, donde haría uso de la palabra el Miembro de Número del Instituto, ingeniero don José Serrato; c) Celebrar sesión en el Museo Municipal de Colonia; d) Constituir el Instituto filial de Colonia.

Esos actos fueron cumplidos los días 21 y 22 de enero, con la colaboración de las autoridades nacionales y locales y dentro de un ambiente popular, de cálida simpatía hacia la obra cultural del Instituto.

Por su parte, el Ministro del Uruguay en Portugal, nuestro Miembro de Número don Nelson García Serrato, informó al Ministerio de Negocios Extranjeros de Portugal de dicho acontecimiento y distribuyó entre los diarios de Lisboa una nota alusiva a las ceremonias realizadas.

Las autoridades de Portugal han resuelto asociarse a la celebración, según lo ha hecho conocer de nuestro gobierno el Ministro García Serrato. Además, los señores Octavio C. Assunção —Miembro Correspondiente del Instituto y Ernesto Martins de Souza han ofrecido, en nombre de la Colonia Portuguesa del Uruguay, adherir a la conmemoración con una estela de piedra a colocar en la antigua Plaza de Armas.

INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY

INSTITUTO FILIAL DE COLONIA

En la ciudad de Montevideo, a los once días del mes de enero del año mil novecientos cincuenta y cinco, siendo la hora diez y nueve, en el local de la Avenida Diez y Ocho de Julio número mil ciento noventa y cinco, se reúne la Asamblea del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, presidida por don Ariosto D. González y con la asistencia de sus Miembros de Honor, don Raúl Montero Bustamante, don Felipe Ferreiro y don Rafael Schiaffino y la de los Miembros de Número don Carlos Pérez Montero, don Juan Giuria, don Alberto Reyes Thevenet, don Simón S. Lucuix,

don Daniel Castellanos, don José Serrato, don Héctor A. Girona, don Carlos A. Etchecopar, Monseñor Antonio M^a Barbieri, don Arturo Scarone, don Carlos A. Duomarco, don Juan A. Rebella, don Gilberto García Selgas, don Carlos Oneto y Viana, don Juan Andrés Ramírez, don José Pereira Rodríguez, Hermano Damasceno, don Leonardo Danieri, don Agustín Beraza, don Pedro Manini Ríos, don Javier Gomensoro, don Horacio Arredondo, don Eugenio P. Baroffio, don Aníbal R. Abadie - Santos y don Eduardo de Salterain y Herrera.

Después de darse cuenta y resolverse los asuntos entrados, se pasa a considerar el motivo principal de la convocatoria, que es la constitución, en el Departamento de Colonia, de un Instituto filial. Por unanimidad de votos, emitidos en la forma preceptuada por los Estatutos, se resuelve: a) La constitución del referido Instituto filial; b) Su integración con nueve miembros; c) Designar para llenar esos cargos a los señores don Bautista Rebuffo, don Miguel Angel Odriozola, don Raúl J. Martínez, don Víctor J. Bacchetta, don Pedro R. Costa, don Roberto Bertrand, don Francisco Barredo Llugain, don Lucas Roselli y don Juan Luis Perron.

Se comete al señor Presidente instalar el nuevo Instituto en acto público a celebrarse en la ciudad de Colonia.

El señor Presidente da cuenta de las diligencias cumplidas hasta ahora para formalizar la adhesión del Instituto a la conmemoración del doscientos setenta y cinco aniversario de la fundación de la ciudad de Colonia. Se aprueba todo lo actuado.

(Es copia fiel de la parte pertinente del acta de la sesión celebrada por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay en la fecha y lugar indicados).

EN LA ANTIGUA PLAZA DE ARMAS

DISCURSO DEL SR. SIMON S. LUCUIX

Autoridades Nacionales;

Autoridades Municipales;

Señor Encargado de Negocios de Portugal;

Pueblo de Colonia:

En estos días traspasamos los umbrales del último cuarto de siglo para entrar en la vida tres veces centenaria de la Colonia del Sacramento. En los pueblos de civilización milenaria no es largo tiempo el que lleva una ciudad que cuenta su edad en ese lapso, pero en pueblos jóvenes como los de América ese espacio tiene una significación que mide una vieja cultura, que renace en el trasplante de lejana semilla. Y como espejo de su tiempo, la guerra y la paz, y más la primera que la segunda, ciñeron su temprana planta y dieron el sello de una historia que no tiene igual en la vastedad del Continente.

En vano buscaríamos en el período colonial un solar llamado a representar con más típica pujanza la lucha de las dos naciones que en definitiva al acrecentar el acervo de la civilización de occidente, dieron en el camino de los descubrimientos y de las conquistas, la ruta por donde un mundo agotado buscó su porvenir y su salvación, y renueva aún en nuestros tiempos, la esperanza de una humanidad mejor.

En este hemisferio, la gloria de esa expansión —salvo la limitada espera de Inglaterra y Francia— estaba reservada a España y Portugal, y herederos de ese precioso legado, podemos venir a compartir en perfecta hermandad, la rememoración de una fecha que es vital en el desenvolvimiento de nuestra existencia.

Un ilustre historiador lusitano cuyas páginas recuerdan la grave dignidad de Macaulay, y que es el más alto representante en la literatura histórica de la península en el siglo pasado, me estoy refiriendo a Oliveira Martins, ha señalado la unidad de una civilización ibérica, sin que el distingo artificial de hispánico o portugués, sea capaz de romper el vínculo y el carácter que una trayectoria milenaria ha identificado con tan potentes vínculos, en la raza, el genio, el medio y el destino de las grandes empresas.

Pero permitidme, señores, la referencia personal, bien que traiga yo aquí la representación del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay; vengo desde lejos con mis antepasados de las montañas transpirenaicas, y aunque siento el orgullo de la raíz hispánica, tengo que acentuar, en afirmación de justicia, la grandeza de Portugal, que podrá ser igualada pero no superada en el camino de la expansión marítima.

En los dominios de Carlos V y de Felipe II, el curso del sol no dejó nunca de alumbrar una tierra de su imperio; la vastedad de los recursos provenientes de sus reinos y de sus conquistas donde el áureo metal compensó sobradamente la audacia y la energía de sus campañas, le dieron el predominio continental y la hegemonía tras los mares. Pero ¿qué distinta la suerte reservada a esos pueblos que se recuestan sobre el Atlántico en el occidente Peninsular; magros y empobrecidos, donde la lucha fuerte y enigmática es el pan de cada día, donde la mirada se extiende hacia el océano, porque el suelo se niega a dar más grano; donde la tenacidad y el espíritu de sobrevivir y trasmontar la áspera dificultad, sólo ellos tienen el secreto que iluminará su devenir. Si Rodó pudo señalar con justicia como un milagro humano, que el pueblo holandés levantara la tierra, del limo y del fondo del mar en permanente acceso de desquite, puede con igual valoración de méritos destacarse la historia de Portugal como el milagro de una voluntad nacional que a despecho de su pequeñez, arranca a los cinco mares del mundo, un impero que traza

una trayectoria sin desmedro de las grandes conquistas de los que miraron su obstinado camino como un signo sólo propio de una raza superior.

Como si desde lo alto de Sagres, Enrique el Navegante, con ademán de Príncipe, señalara el mar como el único camino del futuro lusitano, y sobre cuyas inquietas aguas la fugaz esperanza de un pueblo renacía en el ensueño de la vuelta del Rey Don Sebastián, y con una obstinación casi mística buscara en las lejanas conquistas el desquite al frustrado retorno del Rey que no murió nunca en la imagen de sus conciudadanos.

Es que, navegante en agua o tierra, español o portugués, su divisa bien pudo estar escrita en los versos del poeta francés:

Je n'ai pour boir après ma chasse
Que l'eau du ciel dans mes deux mains,
Mais le sentier par où je passe
Est vierge encore de pas humains

A los hispánicos, extendiendo tal denominación a los habitantes de la vieja Hispania, estaba reservada la gloria de la conquista y la civilización de este Continente.

Casi a tres siglos ¡renovaremos nosotros la ardiente y prolongada polémica de si estaba en dominios de España o en dominios de Portugal, este solar que avanza firme hacia el estuario, y donde Manuel de Lobo, recio varón, levantó, a nombre de su Príncipe el bastión militar destinado a jugarse en la guerra y en la diplomacia, a lo largo de un siglo?

¿Volveremos a repetir sin estudio analítico y a prueba documental, los manidos conceptos que nos enseñaron los textos escolares y los textos universitarios, y los libros mayores, sobre las líneas del Pontífice Borgia, o del Tratado de Tordesillas?

No; fieles a la leyenda de nuestro escudo, el Instituto Histórico considera que la Historia se iluminará a sí mis-

ma. Y sin dejar de tener nuestras opiniones, ese dictado nos lleva a mirar con simpatía todo esfuerzo de investigación tendiente al estudio del origen y a la accidentada vida de la Colonia del Sacramento, cualesquiera sean sus conclusiones.

¡Qué inmensa labor! diría que sobrepasa la consagración total de una existencia que ha de requerir la Historia de este pequeño promontorio, base angular de una gigantesca porfía diplomática en la que intervienen los países obligados, España y Portugal, y sobre la cual convergen intereses de las grandes naciones europeas, aún de aquellas que aparentemente nada o escasa relación tienen con el pleito que se jugaba sobre este pétreo suelo.

Nunca un solar tan diminuto, ni tan siquiera cuando se le extendía a tiro de cañón, mereció en este continente "la mirada sin pestañear" de hombres de Estado, guerreros, príncipes y reyes, que arrojaban en el tapete la suerte de vastas comarcas, imperios mediterráneos amasados con "sangre, dolor y lágrimas", a cambio de este rincón platense que ofrecía a España y Portugal, la llave de los grandes ríos que se internan en el corazón de América, y como arterias vitales traían según el caso, la vida o la muerte de los Reinos de Indias o del mejor florón del Imperio Colonial lusitano.

¿Qué otro sentido tiene la propuesta que parte del negociador español Carbajal de hacer la cesión dolorosa de las ricas regiones misioneras por esta plaza fuerte de Colonia?

Aprendimos en los bancos escolares, y aún más allá, a juzgar esta permuta como una desgraciada ineptitud de Fernando y sus consejeros. Pero ¡Cuántos horizontes nuevos y a veces insospechados se descubren cuando se leen los memoriales del Brigadeiro Antonio Pero de Vasconcellos que fué gobernador y defensor heroico de Colonia bajo las banderas de Su Rey portugués; y a punto estoy de afirmar que no me resultan convincentes las exposiciones de Alejandro de Guzmán, el más eminente diplomático

y estadista portugués que intervino a lo largo de estas negociaciones seculares.

Fuera del campo estrictamente relacionado con el problema de posesiones y límites, este Tratado de 1750 merece de nosotros los americanos, un recuerdo de gloria, como que allí según lo demuestra el eminente jurista brasileño Dr. Rodrigo Octavio, está la fuente del panamericanismo, yo diría del americanismo ibero, cuando al margen de las contingencias de las guerras continentales europeas, asegura una paz perpetua para los dominios en América, al establecer en el Art. XXI, lo siguiente:

“Siendo la guerra ocasión principal de abusos y motivo de que se alteren las reglas mejor concertadas, quieren sus majestades Fidelísima y Católica, que sí —lo que Dios no permita— se llegase a romper entre las dos coronas, se mantendrán en paz los vasallos de ambas, establecidos en toda la América Meridional, viviendo unos y otros como si no hubiera tal guerra entre los soberanos, sin hacerse la menor hostilidad, ni por sí solos, ni juntos con sus aliados. Y los promotores y jefes de cualquier invasión, por leve que sea, serán castigados con pena de muerte irremisiblemente”.

El tratado no fue ley internacional, y el mundo, conveganos que está y estuvo lleno a menudo sólo de buenas intenciones.

Pero su noble espíritu preside los destinos de esta parte de América; uruguayos y brasileños, herederos directos de Portugal y España, seguimos nuestra ruta a la luz sin eclipse de esos principios.

La ceremonia de esta tarde es una afirmación de esa norma y el acto en esta plaza “25 de Mayo” prolonga una vez más nuestros anhelos comunes. El sitio trae además una evocación que alcanza por igual a los pueblos del Plata.

El resquemor de la disputa que sucesivas generaciones y la ausencia de intereses vigentes, han relegado al campo abstracto de la historia, permite con serenidad se-

ñalar la trascendencia de la fundación de esta planta cuya trayectoria en la civilización platense no se limita a su propio significado.

Sin la epopeya de Manuel de Lobo como bien la denominó Don Luis Enrique Azarola Gil, en su libro medular, habríamos entrado al siglo XVIII, sin que la rica y alabada Banda Norte del Plata, tuviera otro tímido indicio de cultura que el pajizo rancharío apenas levantado sobre las ciénagas de una isla del delta del Hum, bajo el fervor de una benemérita Congregación religiosa.

Es este bastión enclavado como un reto de conquista, y una advertencia de futuras ocupaciones, que trae la siembra de ciudades, villas y pueblos y fortines sobre las costas del estuario, o sobre las fronteras donde una lenta penetración arraigaba a despecho de protestas y exámenes de títulos y derechos. Bajo su acción se fundaron Montevideo, Maldonado, San Carlos, y los pueblos menores que cimentaron en definitiva la posesión hispánica más concentrada en las poblaciones que diseminadas en los campos, a la inversa de la expansión portuguesa.

Y si Colonia no tuvo la gloria como las ciudades madres de la antigua Grecia de llevar en su seno el engendro de otras ciudades, su presencia determinó con aquellas fundaciones levantar un antimural a la oportunidad lusitana siempre en estado de gracia de expansión territorial.

La vieja plaza de armas, otrora vibrante bajo el doble de los tambores, o en el llamado metálico de los clarines, al paso de las tropas en la inquietud de la lucha apenas se divisaba en el horizonte la vela desplegada de las naves que podrían ser mensajeros amigos, o cautelosos enemigos, recoge ahora esta multitud, a la que ningún signo exterior mira con desconfianza, porque se sabe bajo el lema del gran caudillo "con libertad ni ofendo ni temo".

De su pasada grandeza están las ruinas para dar testimonio. Allí los restos de piedra, de la llamada casa del Virrey; no fue asiento permanente del máximo jerarca que España enviaba a sus posesiones de ultramar; pero

quizá esa tradición recoge una verdad momentánea: el último Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros aquí estuvo en Colonia, en la hora en que vacilaba ya su autoridad, antes mismo de tomar posesión de su cargo, cuando una sorda pero perceptible amenaza socababa su encumbrado sitio. Acaso aquí recibió el postrer homenaje de acatamiento destinado a ser, en la complejidad de los sucesos, el anuncio de la revolución que señalaría el término de un mandato irrevocablemente intransferible por su sola voluntad. Allí está la mansión del almirante Brown, el héroe sin par en las luchas de mar, en la conquista de nuestra libertad e independencia y cuya sombra se proyectará siempre sobre las turbias aguas del río, como protectora de nuestros derechos.

Bajo su techo puede resonar todavía el juramento de aquellos sencillos vecinos que extendieron su mano y levantaron su voz en el solemne compromiso de cumplir la vieja carta de 1830.

Allí levantaba su maciza fábrica el convento e iglesia de San Francisco; sobre los muros en derrumbe de la silenciosa nave que ni el rumor delataba el paso de los hijos de Assis, se erguía la torre como una súplica que buscara en lo alto la gracia del perdón para los pecadores; y ahora la luz del faro, pestañea en la noche para prestar un rumbo seguro a la nave en marcha.

Antaño: la luz para el creyente; ogaño: luz también para el necesitado.

Y por este y otro lado, el caserío, que hoy una arquitectura presuntuosa aleja demasiado en el tiempo, y le concede como de favor, apenas, el derecho de estar de pie, como representante de épocas en que la patria formaba penosamente su personalidad.

Moradas que llevan la transfusión de los estilos, pero que conservan junto a valores permanentes que denuncian la sencillez de sus elementos constructivos, la pura y abnegada célula de la familia uruguaya, cuyo patriciado tuvo aquí tan dignos y altivos representantes. Bajo la luz de la

luna, el cuadro recobra su perfil romántico, y en la callada plaza el rumor de un paso, recordará, al que hojee una vieja página de historia, a un vecino de pró, Don Teodosio de la Quintana que se desliza con paso sospechoso hacia la casa del cura vicario D. José María de la Peña Henríquez, o del Capitán Hortiguera, a quienes tiene novedades importantes que comunicar.

De las construcciones ya bien dijeron en sustanciosas páginas nuestros colegas del Instituto Giuria, Arredondo y Capurro, etc. De su historia fundacional y militar trazó un libro no superado en nuestro medio, Don Luis Enrique Arazola Gil, con amor de estudioso y amor de casi hijo del terruño; Felipe Ferreiro revive en un artículo cargado de saber las figuras de colonienses ilustres; sobre el pequeño grupo se destaca en cumbre, Hipólito José Da Costa Pereira Furtado de Mendoza, tan abundante de nombres como de títulos que reclaman una digna biografía, por sus luchas y persecuciones por la libertad de América; Rafael Schiaffino, reeditó y comentó, viejas piezas bibliográficas sobre Colonia; Buenaventura Caviglia, en sus últimos años, trabajó con celo benedictino una obra sobre la Colonia, en base de una copiosa bibliografía y de una rica documentación y de un insospechado aporte gráfico. Ojalá tengamos la suerte de ver publicado este estudio.

Me es grato anunciar que el Instituto Histórico tiene en curso de publicación dos notables contribuciones al estudio de Colonia: portuguesa una, española otra, ambas del período colonial; dos destacados miembros de la Institución el Dr. Abeillard Barreto y el Dr. Alberto Dodero prestan su ilustrado concurso a ese fin. De suyo se presta la oportunidad para expresar nuestro voto, de que nuestro correspondiente Don Octavio Assunção, publique facilarmente algunas de sus joyas colonienses o de sus piezas iconográficas y documentales, rindiendo así homenaje a su tierra natal, y a este solar oriental.

Pero debo terminar: Al hacerlo quiero evocar dos fastos de gloria que ligan el nombre de Colonia a los primeros pasos de nuestra historia y acaso a esta plaza que no en balde lleva la denominación de "25 de Mayo". La Gaceta de Buenos Aires, que dirige Mariano Moreno, en su número segundo, publica el acto de reconocimiento de Colonia a la Junta de Mayo.

Es el primer acto de reconocimiento que se publica, y sin duda uno de los primeros en toda la vastedad del Virreinato, en pronunciarse decididamente por la Cesantía del Virrey y la sustitución por la Junta Provisional.

Son veinte vecinos —incluso el comandante militar de la Plaza, el Alcalde Ordinario, el Cura Párroco— quienes toman a nombre del pueblo, y en algo así como un cabildo abierto, la determinación cuya importancia se destaca en el órgano citado; y aquí con la sencillez y altiva dignidad de aquellos claros varones de Aragón, dijeron (según reza el texto comunicado) "todos a una voz que la reconocían y la obedecían como a legítima autoridad establecida para sostener los augustos derechos de su soberano, hallándose dispuestos para acreditarlo a todo trance con sus bienes y personas; y para que este acto de fidelidad y patriotismo pueda constar siempre y cuando convenga... lo firmaron todos los circunstantes en la mencionada plaza día mes y año: 5 de junio de 1810.

La invocación de los derechos de Fernando VII, cuya sinceridad puede discutirse, no excluye el valor fundamental de la declaratoria de mayo, ya que ella pone en juego el reconocimiento expreso de la voluntad popular como única fuente de la soberanía, y sin la que, toda otra autoridad emanada sin su consenso, sería declarada en definitiva ilegal y atentatoria de los derechos del pueblo. Tal el significado, en mi concepto, de la carta de mayo, y su recta interpretación de los vecinos de Colonia.

Es verdad que algunos por obediencia militar, y bajo el apremio de la presión de la fuerza cancelaron su compromiso, pero no es menos cierto que la mayor parte de es-

tos vecinos de distinción fueron leales a su espontánea adhesión, y la sostuvieron cuando la rebelión no había alcanzado aún el carácter general que tuvo en la banda oriental.



Y ahora promediamos Febrero de 1811; la estrella es siempre la proximidad de la aurora; a la luz encendida desde el cielo y en la complicitad de la noche, Artigas ha puesto en marcha su caballo de guerra que sólo detendrá su paso en las ondas del lejano Paraná, en 1820. Desde lo alto de la colina mirará por última vez el abigarrado villorrio que se recuesta en el río, y al transponer la última cuchilla, dormida ya Colonia bajo el canto de los centinelas, en la inquietud de un nuevo destino, sentirá que deja atrás un mundo que se hunde en el absolutismo, y que el llamado de la libertad, como la luz de la aurora que viene, tienen un designio irrevocable en ciertos hombres destinados a ser conductores de pueblos.

¡Qué el porvenir diga siempre, que Colonia es digna de su gloria de guerra y de su gloria de Paz!

SESION SOLEMNE DEL INSTITUTO EN EL LOCAL DE LA JUNTA DEPARTAMENTAL

Esta sesión fué presidida por el Consejero Nacional Dr.
Justo M. Alonso.

DISCURSO DEL PROFESOR EVARISTO YAQUELO

La Comisión Organizadora de los actos celebratorios del 275 aniversario de la fundación de Colonia del Sacramento, dispuso que en esta solemne ceremonia se pronunciaran algunas palabras de bienvenida a la prestigiosa delegación de Miembros del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

Recayó ese privilegio en persona que, de no mediar valideras razones en la excusación, tengo para mí que se hubiera puesto muy a tono con el instante, en el laico ritual que iniciamos en este recinto —casa del pueblo por excelencia— lugar inmejorable para ventilar ante el pueblo, cosas que a él interesan, porque lo incluyen en el proceso de una historia que va persiguiendo una tercera centuria.

Perdidos los servicios de tan buen oficiante, correspondo que pronuncie yo estas palabras, convicto de real modestia, confeso de menores recursos.

Comienzo por destacar que, entre los actos celebratorios conque se inicia este año, tal vez ninguno sea tan oportuno como éste, ajustado a lo mejor que en espíritu brinda Colonia, como alto homenaje, a los que a través de dos siglos y tres cuartos, prolongaron en el tiempo la casi legendaria acción de Manuel Lobo; lo que sucedió después, lo sabéis magníficamente vosotros, distinguidos visitantes, y habríais de deleitarnos muchas horas refiriéndolo, si las circunstancias lo permitieran, mas basta que estéis aquí, hoy, para evocar en la síntesis de la prestigiosa institución que os agrupa, lo que hay de real en la historia de nuestra querida Colonia.

Es que los colonienses entendemos sinceramente, que de Lobo a la fecha el tiempo no ha transcurrido en vano. En el curso de las distintas épocas que sucedieron a la fundación, este pedazo del Uruguay se ha destacado siempre con caracteres precisos. En la época del Coloniaje, codiciado en la riqueza natural de sus campos y de sus corrientes de agua —propicias a utilitarias aventuras; en proceso de la epopeya emancipadora, lugar estratégico para ensamblar los planes de nuestros próceres, esforzados y valientes, gestores de una patria a la que nunca amaremos demasiado: en las últimas décadas, Colonia y sus regiones inmediatas, sirvieron de asiento a una inmigración integrada por hombres que la escogieron como ambiente ideal para hacer fructificar a raudales en la tesonera siembra de brazos fuertes, de cuerpos sanos, de corazones encendidos

y de alma limpia como los sueños que les invitaron a la travesía...

Colonia es fuente de riqueza inagotable y constante alentadora de energías bien encauzadas. Por esto se perfiló siempre con caracteres precisos y en la benignidad de su clima, en su poder de productividad y en el emplazamiento geográfico en que se encuentra, constituye —lo digo sin alardes pueriles— uno de los rincones más singularmente atractivos de la República.

Por estas razones, sus hijos se sienten felices y se tienen confianza; son demócratas y aman la libertad.

Y no sé si es del todo cierto que el paisaje regional tiene un alma y ejerce una influencia decidida sobre los seres que lo pueblan. Se ha dicho con insistencia "que el paisaje regional tiene un alma, tiene para el espíritu un sentido profundo y misterioso cuya esencia es el perfume que embalsama todo lo que florece bajo su cielo. El paisaje habla al alma del nativo y no hay únicamente, en su expresivo lenguaje de colores y matices, protestas de amor y poesía, sino que, más profundamente, hay intuiciones y sugerencias a través de las cuales se dibuja el mundo y sus misterios. El hombre es el ser que mejor se adapta y refleja el panorama regional sino que, como siguiendo el ritmo impuesto a esta evolución estructural, se realiza en su espíritu un concomitante proceso evolutivo que, al final de muchas generaciones, concluye por armonizar con el medio, en ideas y sentimientos". En mi modesta opinión, señores, ésta es realidad para Colonia, en su ambiente y en sus hijos.

Y bien, nos hemos congregado para presenciar una sesión solemne del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, institución fundada el 25 de mayo de 1843, consagrado Día de América, por un grupo de uruguayos y argentinos prominentes, presididos por el Dr. Andrés Bamas. Los objetivos que movieron a sus creadores están sintetizados muy bien en los considerandos del Decreto del Poder Ejecutivo de la República cuando, en mayo de 1943, al cumplirse el primer centenario de vida del Instituto, se decía:

"La significación e importancia en los anales del país y del Río de la Plata, de la organización de su gestor, a estimular las manifestaciones del espíritu y a promover las investigaciones científicas y los esclarecimientos del pasado", etc.

Como suele ocurrir a grandes empresas, después de breve actuación, las dificultades de la guerra y la dispersión de los fundadores, hicieron que aquella hermosa iniciativa perdiera su impulso inicial, mas como a empresa grande y generosa que era, le cupo la suerte de reiniciar actividades en 1915. En adelante, realiza una obra cultural intensísima, publicando libros de especialización y reediciones facsimilares y edita una Revista que lleva más de una veintena de volúmenes, con estudios de indisecutable jerarquía. El Instituto tiene, además, celebrados convenios de reciprocidad de diplomas con las Academias de la Historia de la Argentina, de España, de Colombia, de Cuba, de Costa Rica, de Ecuador y de los Institutos Históricos de Perú y Paraguay; los Miembros de número del Instituto son Correspondientes de aquellas instituciones y los Académicos de aquéllas son Correspondientes del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Con mucha frecuencia el Gobierno de la República formula consulta al Instituto en materia de su especialidad.

Son ajustadísimos y muy elocuentes los conceptos que —en sesión solemne— emitiera el Miembro Ing. D. José Serrato, nuestro grato visitante, entonces Ministro de Relaciones Exteriores: "El Instituto Histórico y Geográfico es el símbolo feliz de ese bello tiempo heroico y de esa hermandad militante de orientales y argentinos que nace en la historia, impulsa el destino y no ha de extinguirse jamás cualesquiera sean las rotaciones de los sucesos y los vientos que soplen en el mundo, porque se arraiga en la tierra fraternal que ambos pueblos compartieron en el origen, que tiene muertos comunes en las tumbas. Está sellada con sangre e ideales solidarios y se agita en pos de los mismos númenes de libertad, justicia y civilización que presidieron su nacimiento y orientan, desde el comienzo, el progreso ascensorial y creciente de su evolución".

Señores: El Instituto Histórico y Geográfico es un pedazo grande de la más alta cultura de nuestra patria. En él militaron y profesaron su fe de grandes hombres de talla tan inmensa como Rodó, como Zorrilla de San Martín, como Eduardo Acevedo. Aquí están los dignos sucesores, vivificando sin cesar la lección de aquellos Maestros. Aquí está Serrato, a quien vamos a escuchar. Toda una promesa hecha realidad. Hombres de su valer, con su sola presencia, se bastan para hablarnos al cerebro y al corazón, con un lenguaje que únicamente ellos dominan, pero que es accesible a todos. Sabemos que Serrato es un original integral —hasta en los corridos ochenta años que traducen juventud en constante renovación— con las potencias de su intelecto cual fuente inagotable en lo que incumbe a la expresión y en lo que toca a las grandes elaboraciones de su pensamiento.

Permitidme os diga uno de los párrafos más felices de Serrato: "Que los más jóvenes se inspiren en los ejemplos del pretérito venerable; sientan la libertad como una religión; crean en la justicia, como en un culto sagrado; defiendan la Democracia como el régimen más compatible con la dignidad del hombre y amen la cultura como la gala y el destino del espíritu liberado". Así hablan y piensan los Maestros; así habló Serrato.

Dignísimos integrantes del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. En nombre de la Comisión Organizadora del bicentésimo septuagésimo quinto aniversario de Colonia, os doy la bienvenida. Estáis en vuestra casa. Gustosos os rendimos pleitesía. Que Clio y Urania os sigan siendo propicias.

DISCURSO DEL INGENIERO DON JOSÉ SERRATO

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay celebra hoy esta sesión pública en la ciudad de Colonia por especial invitación de la Comisión que organiza los actos conmemorativos del 275 aniversario de la fundación de esta histórica y simpática ciudad.

El Instituto me ha hecho el honor de elegirme entre sus miembros para agradecer esa invitación, para retribuir, en ley de justicia, las amables palabras con que saluda nuestra presencia aquí el Profesor Evaristo Yaquelo y para fijar algunos conceptos que el Instituto desea puntualice en términos adecuados.

La ciudad de Colonia tiene derecho, señores, a esta demostración especial del Instituto por cuanto presenta una personalidad histórica propia por las luchas seculares, siempre sangrientas, a veces de una sublimidad única, que por codiciada posesión mantuvieron España y Portugal.

Las luchas enconadas constituyen un proceso histórico, con alternativas varias en el que resalta el heroísmo y tesón de ambos por conservar esa ciudadela y con ella la posesión de la margen izquierda del Río de la Plata. Fué el choque entre dos ambiciones por la expansión territorial y el dominio del nuevo mundo hasta que el tratado de Utrecht de 1715 que tanta resonancia y trascendencia tuvo en las relaciones internacionales de la época, confirmó de una manera clara e indiscutible, por abandono o desinterés de la defensa eficaz de España, los derechos de Portugal sobre la Colonia y su territorio. En 1777, por una cláusula especial del tratado de San Ildefonso, volvía a España la Colonia del Sacramento y la isla de San Gabriel, con lo que completó su dominio en el Río de la Plata.

Con alternativas varias de invasión y conquistas por lusitanos, españoles e ingleses, así se siguió hasta llegar al levantamiento emancipador de 1825 en el cual los gauchos de la Banda Oriental obtuvieron la deseada independencia al firmarse en Río de Janeiro el 27 de Agosto de 1828, la convención Preliminar de Paz.

El Instituto Histórico y Geográfico fué creado por iniciativa del Dr. Andrés Lamas el 25 de Mayo de 1843 en pleno Sitio Grande de Montevideo. Nació estrechamente vinculado a los grandes valores de la Revolución de Mayo. En el proyecto respectivo expresa el Doctor Lamas que "... las asociaciones son el gran motor de los progresos

del siglo; afirma que, además de los beneficios que adoptará por la aplicación a estudios especializados de historia, geografía, instituciones políticas y sociales, lenguas aborígenes, estadística, etc., ofrecerá, también, "gran interés y utilidad", porque por el esfuerzo común conseguirá, en el andar del tiempo, "la reunión de todos los hombres de letras que tenga el país, llamados a despojarse en las puertas del Instituto, de sus prevenciones y colores políticos, para entrar a él a ocuparse tranquilamente en objetos de interés común y permanente. Nuestro actual Presidente, mi amigo el distinguido publicista e historiador Ariosto D. González, señaló en el discurso pronunciado en la Academia de la Historia Argentina con motivo de la celebración del centenario del Instituto en 1943 que, "se traza, en ese escueto programa, —se refiere al que he mencionado—, una dirección esencial; se invoca un propósito de concordia que, desde entonces, es numen y tormento de la acción de Lamas. El Instituto se funda como un ensayo de civilización; como un centro en el que, sobre las accidentales luchas de sus integrantes, predominan la colaboración y el entendimiento".

Lamas ha sido y lo es aún aunque mucho menos, duramente combatido y criticado. En mi concepto injustamente y sin reconocer sus grandes méritos al país. Aún no ha terminado para la opinión nacional el convincente análisis de su conducta política, y, esto no obstante, los valiosos y profundos estudios realizados en los últimos años sobre su personalidad por Ariosto González, Ricardo Levene y Guillermo Furlong Cardiff, entre otros.

En mi opinión es una de las personalidades más descollantes de la cultura sudamericana. Era Lamas un hombre de vigoroso y amplio pensamiento y de acción resuelta. De él dijera Mitre en su "Diario" íntimo "que era el hombre más capaz del Uruguay por su vigorosa inteligencia, abundancia de ideas y rapidez de concepción".

Entre los miembros fundadores del Instituto aparecen algunas de las primeras personalidades de aquel tiempo, tanto entre los uruguayos como entre los emigrados argen-

tinos que comparten con nosotros las vicisitudes del sitio de Montevideo. En el pequeño cónclave se reúnen, además de Andrés Lamas y Teodoro Vilardebó, que era el secretario del Instituto, las figuras hoy también históricas de Melchor Pacheco y Obes, Manuel Herrera y Obes, Cándido Juanicó, Florencio Varela, Fermín Ferreira, José Rivera Indarte, Santiago Vázquez, Bartolomé Mitre, Francisco Araújo y Julián Alvarez.

Los primeros socios de número en el extranjero del Instituto, o sea, los que hoy designamos como miembros de Honor, fueron el General José de San Martín que vivía desde hacía años, lejos de la Argentina, en Grand Beurg escondiendo su gloria en un ostracismo voluntario, y el doctor Benardino Rivadavia el civilizador y gran genio civil, y el más eminente de los estadistas argentinos, deportados en 1834.

El Instituto fué inaugurado en solemne sesión, que fué precedida de un concurso literario de profunda resonancia en el que participaron Esteban Echeverría, Francisco Acuña de Figueroa, José Rivera Indarte, Luis Domínguez, Bartolomé Mitre, Alejandro Magariños Cervantes y Luis Cantilo.

A todos los esclarecidos miembros del Instituto, uruguayos y argentinos, que lo fundaron y dieron vida durante su primera etapa, rendimos con emoción, al recordarlos, un respetuoso homenaje de reconocimiento al celebrar esta solemne sesión, que significa a lo largo de más de una centuria, el afianzamiento y el triunfo de los propósitos que inspiraron su creación.

Después vinieron tiempos tremendos de anarquía y de guerra civil. El Instituto se dispersó. Pero desde 1915 lleva una vida activa, con publicaciones que hacen honor a la cultura nacional, con sesiones públicas en las que reúne lo que hay de representativo en la vida del país. Siendo Presidente de la República tuve el honor de presidirlo en la conmemoración del segundo centenario de la fundación de Montevideo; siendo Ministro de Relaciones Exteriores hablé en el centenario del Instituto en la solemne sesión que presi-

dió el Presidente Amézaga. Como ministro de Relaciones Exteriores dicté, con el mismo Presidente Amézaga, el decreto encomendando al Instituto la publicación de los documentos de la gestión diplomática de Andrés Lamas.

Es interesante recalcar que si bien el Instituto es, por propia definición de sus funciones, un centro de investigación científica en el que se busca la verdad por encima de toda otra consideración y se procura dar a todos los trabajos la precisión y el rigorismo técnico, no permanece ajeno a las más variadas expresiones de la vida nacional.

No espera a que los sucesos pasen a perderse en el polvo de los archivos para enfrentarlos, estudiarlos y discutirlos. Es un órgano activo y rector de la cultura en el más amplio y completo sentido de la palabra. La literatura, la economía, las finanzas, la política internacional y tantos otros motivos de preocupación en la actualidad han encontrado en el Instituto tribuna de noble jerarquía y amplia libertad para su exposición.

Pero es, además, un centro sensible a las evocaciones históricas que tienen por elevada finalidad la de asentar en las tradiciones honrosas del país, los sentimientos del patriotismo. He recordado la conmemoración del segundo centenario de la fundación de Montevideo; puedo agregar la serie de actos, perfectamente programados y cumplidos, para celebrar los centenarios de Artigas, de Lavalleja y de Rivera. A ellos se agrega, ahora, esta adhesión del Instituto a la conmemoración que, a justo título, festeja Colonia. Destaco que, además, de esta sesión pública —la primera que el Instituto celebra fuera de Montevideo— y de la participación que ayer tuvo nuestro colega don Simón S. Lucuix en la ceremonia de la plaza Colonia—, la instalación que esta tarde se hará de la filial de nuestro Instituto. Son actos positivos que demuestran nuestra viva simpatía y también que estamos siempre alerta y dispuestos a colaborar en toda iniciativa que busque un real adelanto para la República y un mejor conocimiento de su heroico pasado.

Es esta señores, la capital de un departamento progre-

sista y próspero, que conoce los beneficios pródigos de la inmigración seleccionada y del trabajo inteligente de sus hijos. Se unen aquí, pues, en armoniosa conjunción, la gloria antigua de tanta resonancia en las Cancillerías de España y Portugal y el elevado nivel de vida que procura el goce tranquilo por el hombre de hoy, de los bienes de civilización que crearon nuestros mayores.

Señores:

Agradezco la oportunidad que me habéis dado de decir estas cosas, asociándonos a vuestra fiesta.

Hago votos porque la hermosa región de Colonia pueda encontrar siempre, en el clima de paz y de trabajo en que vive y prospera, las mejores horas de sus días de alegría para evocar tantas glorias que le dan un sitio de privilegio en la historia del país. Mis votos, también, para que en la República reine siempre ese clima de paz y de trabajo y el de mutua comprensión, asegurando así a todos "una vida libre de temor y de necesidad", como lo quieren los acuerdos de "Bretton Woods" para los Estados que forman la sociedad internacional.

CEREMONIA EN EL MUSEO

La sesión fué presidida por el senador Ledo Arroyo Torres. Inició la parte oratoria el Presidente del Instituto, señor Ariosto D. González, quien, después de fijar los fines de los Institutos filiales dentro de una región para colaborar con la obra de la Corporación Nacional, solicitó de la señora María de los Dolores Riveros que procediese a la entrega de los diplomas a los Miembros del Instituto filial de Colonia, señores: Víctor J. Bacchetta; Esc. Francisco Barredo Llugain; Coronel Roberto Bertrand; Sr. Pedro R. Costa; Dr. Raúl J. Martínez; Arquitecto Miguel Angel Odriozola; Sr. Juan Luis Perrou; Dr. Bautista Rebuffo; Sr. Lucas Rossell.

DISCURSO DE LA SEÑORA MARÍA DE LOS DOLORES RIVEROS,
AL INSTALARSE LA FILIAL DEL INSTITUTO HISTÓRICO
Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY

Señor Senador Nacional Don Ledo Arroyo Torres, Señores Representantes de las Autoridades Nacionales y Fuerzas Armadas de la República, Señor Representante del Go-

bierno de Portugal, Señor Ingeniero Don José Serrato y Compañeros del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Señor Intendente Municipal del Departamento de Colonia, Autoridades Locales, señoras y señores: En nombre de la Comisión Asesora del Museo Municipal de Colonia, en mi carácter de Presidenta de la misma, por cortesía de mis compañeros de Comisión, tengo la satisfacción y el honor, señores designados Miembros de la Filial Colonia, primera del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay de daros la más cordial bienvenida.

La distinción que acaba de conferiros esta Honorable Institución es un acto de estricta justicia que debemos aceptar como reconocimiento de esa alta autoridad histórica, a la excepcional posición de esta ciudad y de nuestro departamento, por la importancia que le asignaron los acontecimientos históricos, durante el período del coloniaje, de las luchas por la independencia y en los albores de nuestra nacionalidad. Colonia fué el lugar elegido por los conquistadores, para dirimir, con motivo de la fundación de esta ciudad, viejos pleitos, engendrados en el choque de un mismo afán de expansión y de gloria para sus respectivas patrias. A esas dos naciones debemos, sin duda, el más valioso acervo de la historia del coloniaje, por sus hechos de armas y en lo material: ciudades, pueblos, murallas de auténtica fisonomía, característica del pueblo conquistador. España y Portugal despertaron la codicia de otras naciones que, sin traer antecedentes de magnanimidad en sus colonias, siguieron sus pasos para hollar las márgenes del Plata, con aspiraciones de cuño puramente comercial y que después de días de emoción, de dolor y de inútil derramamiento de sangre, no dejaron rastros de su paso, ni en belleza arquitectónica, ni en ningún aspecto político, social o comercial. De esas épocas no hemos escrito todavía la última página. Documentos perdidos o ignorados en ambas márgenes del Plata o en los archivos de Brasil o de Indias, guardan secretos que, develados, deben rectificar o confirmar con exactitud el concepto sobre los acontecimientos históricos.

Y dentro de las luchas por la independencia, inspiradas a nuestro pueblo por justos anhelos y legítimos intereses exigimos al historiador minuciosa búsqueda de los documentos aún no estudiados: instrucciones, órdenes, proclamas y aún correspondencia particular y sentimental que escribieron o dictaron Artigas, Lavalleja, Rivera, Joaquín Suárez y tantos otros de nuestros grandes hombres que fueron a la vez conductores y soldados de la causa de la libertad y cuya palabra sobre la de sus admiradores y la de sus detractores es la expresión de la auténtica verdad histórica y la autobiografía que escribieron, sin proponérselo, y que permite aquilatar su alta personalidad moral, en su vida de soldados, de políticos y de ciudadanos.

La falta de una filial con autoridad para defender el patrimonio histórico de esta ciudad y del Departamento, cual la que acaba de crear el Instituto Histórico y Geográfico, ha permitido que hasta el presente se demolieran viejos edificios, verdaderos monumentos, se dispersaran documentos u objetos de indiscutible valor histórico, que cuando creíamos tenerles en nuestras manos, desaparecerían sólo por codicia, por afán de posesión personal y egoísta, sin ninguna utilidad desde el punto de vista del interés común, cuando no fueron inspirados por absoluta ignorancia.

Sin duda, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay os ha designado, señores Miembros de la Filial Colonia, con el fin de que vuestra labor sea eficaz aporte a la obra que hoy cumple esa Institución y para que por la prédica y la persuasión forméis un clima que rectifique los errores aún salvables respecto a la verdadera utilidad de la riqueza histórica del Uruguay.

Señores Miembros de la Filial Colonia, del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay: en la limitada capacidad de esta vieja casona, os ofrecemos un pequeño espacio para que realicéis en él obra grande y fecunda. Estáis, pues en vuestra casa. ,